

Edición: Daniel García Santos
Diseño de cubierta: Alfredo Montoto Sánchez, basado en una
idea de Juana García Abás
Ilustraciones: José Luis Fariñas
Diseño interior y composición: Berardo Rodríguez Cadalso

© Cintio Vitier, 2006
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2006

ISBN 959-10-1136-9

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

E-mail: elc@icl.cult.cu

Uno



Según lo he dicho muchas veces, cuando algunos amigos nos piden que escribamos nuestras memorias, ello coincide con el hecho de que empezamos a perder la memoria. La memoria, sin embargo, «se dice — como el ser — de muchas maneras» (y aquí vuelve la voz de María Zambrano en su *Coloquio acerca de la memoria y la esperanza en San Agustín*). Hay, por lo pronto, la memoria factual y la memoria poética. Ayer, por ejemplo, se me quedó en Varadero la carpeta negra que me acompaña desde hace muchos años y en la que había guardado algunos papeles y todo el dinero que me quedaba. Fue esta pérdida, que descubrí al llegar de regreso, la que me enmudeció hasta esta mañana, domingo 30 de julio de 2005, en que he decidido y empezado a escribir mis memorias no actuales, sin demasiadas fechas y con alguna poesía, si ello es dable.

Leal y Yuri eran los perros que nos acompañaban en la Finca de mi Abuela. Aquella Finca no era más que un pedazo de tierra poblada por un penumbroso

naranjal y una casa de madera con sala, dos habitaciones, comedor, cocina que daba al traspatio, portal y jardín con una puertecita de madera que decía «Villa Julia», nombre de mi abuela, Doña Julia Ramírez, la Viuda del General. Allí pasaba yo de niño largas temporadas, entre felices y angustiosas, con mi tía Estrella, la mulata Panchita y el guajirito Maño. En cuanto a Leal y Yuri, el primero, un perrazo blanco y castaño al que amarraban de noche en el tronco de un naranjo como guardián más ladrador que otra cosa, y el segundo, Yuri, cariñoso y rubio, se había quedado por azar en el andén que estaba frente a la casa. Perteneció, decían, a un circo ruso que viajaba en el Tren Central, el que cruzaba deteniéndose sólo unos minutos rugiendo, llameando y deslumbrando. Yuri era el amor de mi tía Estrella, muy joven aún, que iba dos veces por semana a Matanzas a dar clases de piano y le tendía a Yuri su esterita como a un niño. De sus andanzas circenses Yuri conservaba algunas monerías. Yo también lo quería mucho. Sobre Leal, cuando ya estudiaba en el Colegio La Luz con Eliseo Diego, escribí una «composición» que me valió como premio un busto en yeso de Martí. Está sobre mi mesa.

A aquel caserío llamado Empalme porque tal era el nombre de su andén ferrocarrilero (donde empalmaban los vagones), se llegaba, viniendo de Matanzas y pasando cerca de Ceiba Mocha, primero por la Carretera Central y después por un caminito de tierra colorada, escoltado de cañabravas, con muchos baches y pedruzcos. Allí el fotingo y los espejuelos en la punta de la nariz de Don Juan, chofer habitual

de la familia, hacían milagros. Pero la mayor parte de los viajes a Matanzas los hacíamos en ferrocarril. No se me olvida el color pajizo de los asientos, el humo de la locomotora uniéndose al vuelo con las copas de los árboles y las nubes gordas, que se movían también pero más lentamente, dos tiempos que parecían, al juntarse, decir algo pero yo no sabía qué.

A muy pocas personas conocí yo en el pequeño y muy pobre caserío de Empalme — palabra esta que, secretamente, siempre me ha fascinado. Sólo recuerdo realmente a Perico, que reaparecía siempre para la Nochebuena como experto asador de lechón en púa y ramazones de plátano; el silencioso y delicado Maño, un poco mayor que yo, niño aún y ya suavemente paterno; la inolvidable Flora, también silenciosa y modestísima palma de su casa, algún arrendatario que pasaba de lejos, jinete lento, saludando respetuosamente a mi abuela... Una noche, «embullados» por mi tía Estrella, gran bailadora, fuimos a la Fiesta de la Candelaria en Ceiba Mocha, en cuyo confuso y un poco alucinante «revolico» sentí algo, por los cuentos que oía, de la legendaria presencia del desafiante Manuel García, Rey de los Campos de Cuba.

En el portal de la Casa de la Finca, bajo las estrellas enormes e inmediatas, oía la historia de la familia materna en los cuentos de mi abuela. Así supe de los estudios de Medicina de mi abuelo en la Universidad de Montpellier, de cómo los abandonó cuando supo de los preparativos de Martí para una nueva guerra, de su renuncia a aquellos estudios y su regreso a La Habana, en cuya calle Peña Pobre se

reunió a su hermana Rosario, conspiradora con el nombre clandestino de Violeta, y cómo allí conoció al húngaro Zizkay, que iba a ser su ayudante cuando se convirtió en Delegado de Hacienda del Partido Revolucionario Cubano en los campos insurrectos de La Habana, Matanzas y Pinar. Las anécdotas de aquel heroico pasado, a ratos salpicadas de risas, se fundían con el silencio de los naranjales, con las siluetas de los grupos de palmas detrás del enmudecido andén, con los salpicados ruiditos de la fronda que nos rodeaba, con la luz como asombrada de las estrellas, con la inmensa luna hundiéndose en algún mar invisible, con los oscuros ladridos de Leal, con la quietud dormilona de Yuri, con la silueta de Panchita sentada en el quicio del portal.

Entre tanto Rosa me esperaba siempre en mi casa de Matanzas, para llevarme todas las noches, bien cogido de la mano, a oír la retreta de la Banda Municipal, todos de azul, o la Banda Militar, todos de amarillo, en el Parque de la Libertad, alrededor de la estatua de Martí. Qué danzones aquellos, verdaderos pórticos de la gloria de la patria, mientras Rosa conversaba bajito con su novio, primer clarinete de una de las dos bandas, ahora no recuerdo cuál.

Dos

*L*egar a Matanzas bordeando el parque monumental que mandó a construir Machado, desde el que se divisaba gran parte de la blanca ciudad y toda su majestuosa bahía punteada de barcos, era siempre emocionante, en especial si ya uno había bajado por la pendiente calle ¿Contreras o Milanés? en los más veloces patines de este mundo, hasta doblar a la derecha y abrazarse a un poste de hierro de la luz eléctrica frente a mi propia casa, en Dos de Mayo 70, frente al parquecito del Instituto de Segunda Enseñanza, entre la bodega de Amaro y la Iglesia de los Metodistas. Una vez estuve allí con mi padre, que había recibido formación protestante desde que entró como maestro en el famoso plantel La Progresiva de Cárdenas, después de haber sido pesador de caña en el Ingenio Mercedesitas de Santa Clara hasta los catorce. No entendí nada de lo que sucedía allí, como tampoco más tarde cuando iba todos los domingos, con mi segundo maestro de violín, Gustavo Lamothe, al coro de la Iglesia de los Carmelitas.

A la izquierda, saliendo de mi casa, vivían unas muchachas llamadas las Febles, una de las cuales, Lolina, tocaba el piano. Cierta mañana de algún mes necesariamente primaveral, oí a través del inmenso muro que nos separaba, el sonido de un violín. Atraído

por aquel encantamiento, me colé en el zaguán de las Febles, y pasé silenciosamente a la sala, donde me encontré un hombre de alta estatura, vestido de luto de pies a cabeza, empuñando un violín y un arco que me parecieron mágicos y que me acompañan hasta hoy. Se trataba del recientemente enviudado Pataleón de la Concha, médico siempre enlutado y solitario, que vivía en una casa siempre cerrada de la calle Milanés. Lo que tocaban él y Lolina era la *Sonata Primavera* de Beethoven. Me ofrecí de inmediato para «pasar las hojas» de las dos partituras, pues ya mi primer maestro, Cándido Faílde, mulato esbelto y finísimo, sobrino del inventor del danzón, me había enseñado bastante (incluso a tocar el Himno Nacional y *Trigueñita*), y con Lamothe, ya en el coro de los Carmelitas, con la compañía del maestro Ojanguren en el órgano, de Aniceto Díaz en la flauta, de Periquito Diez en el contrabajo y de mi hermano Augusto como magnífico barítono, me había hecho experto en solfear y tocar «a primera vista». De este modo las mañanas matanceras de todos mis domingos pasaron a pertenecer a las sonatas para violín y piano de Beethoven.

Mi casa, entre tanto, seguía siendo el Colegio Froebel y más tarde Vitier, dirigido por mis padres, Medardo Vitier y María Cristina Bolaños, Maestra Normalista, a la que mi padre conoció cuando todavía estudiaba en el Colegio protestante Irene Tolland. Cuando Machado cesanteó a todos los profesores que hicieron causa común con la rebeldía estudiantil, cada vez más fuerte y más violentamente reprimida, los profesores cesantes crearon la llamada Academia

de los Catedráticos, dirigida por Arturo Echemendía, y mi padre tuvo que recorrer varias veces la isla dictando conferencias de educación, literatura y filosofía. Siempre recuerdo el vehemente y peligroso discurso antimachadista que pronunció en el Sauto, que me hizo temblar tanto como la ovación que recibió, y cómo tuvo que esconderse en una habitación de la Finca de mi Abuela en Empalme, y cómo, a pesar de todo, recibió la protección amiga del teniente Madruga, que sencillamente lo admiraba. Tampoco olvido el viaje que hice con mi padre para inaugurar el Ateneo de Cienfuegos, en que también sentí la admiración en los ojos de dos jóvenes promesas: Carlos Rafael Rodríguez y Juan David. Mi madre, empeñada en que luciera mejor, me compró unos insólitos bombachos, que me valieron un grito en el Prado nocturno de Cienfuegos: «¡Bombachos, suelten a ese muchacho!»

Aunque me dieron otras razones, supongo que el hecho de haber estudiado los primeros grados en lo que había sido y volvería a ser la sala de mi propia casa, convertida en aula con pupitres, pizarrón y mapas, impulsó la decisión de que siguiera mis estudios, ya próximos a la llamada Preparatoria para ingresar en el Instituto, matriculándome en la Academia de los Catedráticos, cuyo director, Arturo Echemendía, era gran amigo de mi padre. Hermano espiritual, debo decir más bien. Lo recuerdo siempre por encima de todos los profesores de aquel Colegio excepcional, entre los que se destacaba para mi vocación y gratitud, el bajito y siempre eréctil, en su almidonado y ajustado dril cien, Pepito Russinyol.

Pero Echemendía era, sin duda, caso aparte. No olvidó su aparentemente injustificada indignación, que lo puso trémulo y rojo de ira, ante el espectáculo de un aula ingobernable como no fuera mediante el castigo. Pude intuir que aquella tendencia animalesca al caos, aquella necesidad de una «mano dura» para imponer un orden que los muchachos solos no parecían necesitar ni desear, lo sacaba de quicio. Era como la negación flagrante de una profunda convicción. Era, nada menos, en su propio Colegio, como la negación de su personal eticidad, de su propia vida. Tal espectáculo, desde luego, no era frecuente en aquellas aulas, como lo sería después en el Instituto de La Habana. Pero no olvidó aquélla que pudiera llamarse involuntaria lección viva. Mi padre, pensé, hubiera reaccionado igual.

Terminadas las clases en mi casa-escuela, mi padre solía sentarse en un sillón, ya entrada la noche, junto a las violetas del cantero central que en el patio de losas presidía un modesto árbol de mango, cuya copa resultaba próxima a los desagües del techo un poco inclinados. Un vaso con hielo que había traído mi madre, lo acompañaba sobre una losa. En el cielo las estrellas no se veían tan próximas como en Empalme, pero se advertía mejor su tranquilo titilar. Allí mi padre tomaba su café, allí fumaba un poco, allí pensaba. Discretamente se oía el rumor de los ajetreos caseros de mamá. Yo, entre tanto, estaba haciendo las tareas escolares en una mesa iluminada por una lamparita.

Tres



El machadato significó para mí, sobre todo, harina: pantalones de sacos de harina, picañtes y reacios a la plancha; harina con huevo frito o sin huevo frito todos los días en la mesa; el

odioso color amarillo de los soldados en sus inmensos caballotes castaños dando «plan de machete» a un grupo de estudiantes en la esquina mal alumbrada de mi casa... Coincidieron aquella lucha y la caída del tirano con mis primeros viajes a La Habana para iniciar mis clases de violín con Juan Torroella, por indicación desde luego inapelable de Pantaleón de la Concha. Uno de aquellos viajes, realizados en un extraño *autocar* que paraba frente a mi casa, tuve que hacerlo con un ridículo sombrero de pajilla, porque no usarlo llegó a considerarse participación revolucionaria, incluso a mis escasos doce años. El alivio de aquella caída, no obstante los motines populares y los saqueos de viviendas, sin contar las nuevas

ventoleras políticas que ya se anunciaban, produjo una especie de silencio nacional cuya penumbra me acompañaba al subir la crujiente escalerilla que me llevaba al estudio de mi nuevo maestro, en la calle Industria y no sé qué, ni tampoco recuerdo el número.

Lo que sí recuerdo es la erguidura y la severa bondad de aquel anciano junto a la foto de su profesor en el Conservatorio de París, Jacques Thibaud. Lo que sí recuerdo es que con él tuve que empezar de nuevo como si nunca hubiera tenido un violín en las manos, con el cuaderno de escalas por él mismo compuesto y las lecciones de Alard, hasta que, pocos años después, pude graduarme de cuarto año en el Conservatorio Falcón, en Galiano y no sé qué, tocando con su esposa Terina el *Concierto en Re Mayor* de Vivaldi.

Desde el principio noté que Torroella me apreciaba como discípulo y como persona o... personita. Después de mi padre y de Arturo Echemendía, fue el ejemplo mayor que conocí, en aquellos años, de recta cubanía. Mentalmente lo comparaba con Enrique José Varona, a quien mi padre tanto admiraba. Gracias a él pude llegar a tocar con Virgilio Diago, *concertino* de la Sinfónica Nacional, en la Academia de Artes y Letras, y con su mayor discípulo, Ángel Reyes, Primer Premio del Conservatorio de París, en un homenaje que le tributamos en el Teatro Martí, si no recuerdo mal, lo que no sería raro. En la primera ocasión tocamos la encantadora *Bella cubana* de White, con la condescendiente aprobación de Eduardo Sánchez de Fuentes; en la segunda, la indiferente

Cavatina de Raft, que con el unísono de no menos de veinte violines lo era más aún. Pero quedaban, como ejemplos para mí, en Matanzas, Arturo Echemendía; en La Habana, Juan Torroella.

Las últimas amistades musicales de aquel convulso período fueron la de Mario Argenter y la familia de los hermanos Melero en Pueblo Nuevo. Mario vivía cerca de la casa de mi abuela materna en Matanzas, casa también muy querida por mí, donde me recuerdo tocando con mi tía Estrella *Júrame* de María Grever. ¿María? Quizás. En la casa de los Melero, para ir a la cual había que pasar el precioso puente sobre el San Juan, con sus dos inefables columnitas, todos los hermanos, presididos por el gran pianista y compositor Pancho Melero, eran músicos, incluyendo a la hermana saxofonista, cosa rara entonces. Allí pasábamos las tardes tocando lo que podíamos de las operetas de Strauss o las inspiradísimas canciones matanceras de Pancho, que todavía Fina recuerda y canta quedamente, entrañablemente, como *Soy cubano* y *Cuevas de Bellamar*. Qué sesiones de música romántica, de música cubanísima, que aún después de haberme mudado con mis padres a La Habana, durante muchos domingos intenté salvar como un náufrago urgido de oxígeno vital.

Pancho, desde luego, acabó siendo captado o «rap-tado» por los Lecuona Cuban Boys, en una de sus incursiones a la isla.

En cuanto a Mario Argenter, ¿qué decir? Juntos veníamos a los conciertos matinales de Lecuona en el Teatro Nacional. Nunca olvidaremos Fina y yo las versiones de los *Versos sencillos* que nos regaló en el

piano solitario y reconcentrado de su casa. Nunca olvidaré a su tía Enedina. Nunca olvidaré el patio largo, estrecho, lateral, recoleto, de su casa silenciosa. Como lo he dicho en otro sitio, él no era matancero. Él era, *es* Matanzas.



Cuatro

Vuelvo a cargar con mi cuerpo y con mi alma para sentarme otra vez frente a la máquina de letras. ¿Me habré convertido ya en este objeto reproductor? No, todavía. Anoche estuve padeciendo por Carolina, la hijita de mi chofer. Dicen que hay un «andancio», un virus mortal para los niños, y pasé la noche muy angustiado, temiendo por ella, que lleva dos días con vómitos. Es una niña preciosa, gentil, inteligente, toda cariño, encantadora. ¿Es posible que le pase algo malo? Sí, es posible. También es posible que cuando esta mañana llegue su padre, el discretísimo Medardo, me diga que está mejor, que no es cosa de peligro. ¿Y si lo es? Me llenaría de angustia, de inconformidad, de tristeza, de horrible incomprensión de eso que llaman destino. No hace mucho escribí un llamado «Soneto interrogante», que terminaba, pensando en la belleza del último *Cuarteto* de Beethoven, con aquel apunte que tanto impresionó a Claudel (*Es muss sein, Es preciso*): «El destino resulta ¿la belleza?» Esa niña es ya la belleza pura. Medardo, mi conductor, es esta mañana el mensajero. Carolina se llamaba también mi abuela paterna, a la que nunca quise tanto como a «Doña Julia», según la llamaban todos en Empalme, quizás porque no conviví tanto con ella, quizás por su carácter mismo,

más despegado y en el que mi padre siempre destacaba la virtud de lo que los antiguos llamaban «ecuanimitas», quizás porque la vi siempre más cerca de la primera familia de mi padre. En cuanto a mi abuelo paterno, Severo como su nombre, carpintero del Central Merceditas, protestante hasta la médula, fue el primer ser humano que vi convertido en cadáver, tendido en mi propia casa. De él conservo su visión, de madrugada, yendo a caballo por un sendero de Las Villas, de «todos los animales de la Creación», y su dicho de que tenía más miedo a matar que a morir, por lo que fue lo que llamaban, entre los independentistas, un «pacífico». Esta declaración, aparecida en una entrevista que publicó recientemente *Juventud Rebelde*, me valió varias cartas sorprendentemente aprobatorias, sobre todo la de una compañera perteneciente a un batallón de Nicaro, la que me confesaba su angustia cuando la felicitaban por sus progresos en las prácticas de tiro.

Estos últimos meses, por cierto, han sido pródigos en entrevistas de televisión. La más importante, la más extensa e intensa, fue la que me hizo Héctor Veitía, por indicación de Octavio Cortázar, quien presentó sus dos primeros capítulos en el Centro de Estudios Martianos con motivo del 28 aniversario de su fundación. Tantas «conversaciones» destinadas a la publicidad próxima o futura (lo que no deja de estremecerme), pueden hacer en gran medida inútiles estas Memorias que, por otra parte, ya habían alimentado largamente mi novela y mis cuentos. Esta mañana 2 de agosto de 2005 he decidido, por tanto, *discontinuar* de tal modo estas memorias que indistintamente

aludan a vivencias pasadas o presentes, lo que han de darle una temporalidad más integradora y tal vez más pintoresca. Por ejemplo, ya pasado el susto de la linda Carolina, que amaneció mejor, esta mañana quiero hablar de mis variados tíos.

La tía Estrella, la más religiosa y bailadora de la familia, que todos los años participaba triunfante en el Baile de Mamarrachos del Casino Español de Matanzas, y yo la acompañaba sólo para oír los danzones, después de un amor frustrado acabó casándose con Emilio Ortega, corredor de la propiedad, como se decía entonces, a quien mi padre siempre llamó «el hombre mejor que había conocido». Vivimos muchos años en casas contiguas, en la calle Figueroa de la Víbora o Santos Suárez, como gustéis, frente al llamado Parque Mendoza, y juntos recorrimos, manejando Ortega, buena parte de Estados Unidos, de los que especialmente recuerdo Nueva Orleáns. Tuvieron una hija llamada María Julia, que sigue viviendo allí con su familia. La otra tía materna, Yoya, casada con un serio cobrador de ferrocarriles, no está en mi memoria nada más que con sus ojos azulísimos, no tan celestes sin embargo como los de Estrella, ni tan intensamente verdiazules como los de mi madre, que cuando leí a Zenea me recordaron los de Adah Mencken. En cuanto al único tío varón de la rama Bolaños, tenía los hombros un poco caídos y los ojos también azules del General, era médico y vivía con su esposa bajita y muy católica, Margot, en una calle empinada de la Víbora, a donde fuimos a vivir antes de mudarnos definitivamente para Figueroa 358, entre San Mariano y Vista Alegre, casa construida

con los ahorros de mi madre. Allí vivimos Fina y yo más de cincuenta años.

En cuanto a los tíos varones de la rama paterna, eran Heliodoro (familiarmente, Helio), muy alto, delgado y pálido, excelente profesor de Matemáticas, con cuyo hijo Vitelio tuve una amistad infantil que no dejó huellas, y Ángel, el más temperamental y rojizo de la familia, casado con una hija de Bonifacio Byrne, el más delator también de un origen francés, cojo de una pierna, cuya prótesis se la hizo, me dijeron, el abuelo Severo. Un ejemplo de su carácter lo tuve cuando una mañana le quitó a mi padre su viejo sombrero y lo quemó ante sus ojos impasibles y sonreídos. Un gran abogado, decían. De la familia del primer matrimonio de mi padre sólo conocí de cerca y quise mucho a mi hermano Augusto, amante de «la mar» y de la pesca más que de los estudios, magnífica voz de barítono, gran amigo de mis hijos Sergio y José María.



Cinco

¿Qué papel juega el azar en la memoria, en las Memorias? Hace un par de meses más o menos (qué útil es el «más o menos»), nos visitó el poeta e investigador Amauri Francisco Gutiérrez Coto con un voluminoso trabajo inconcluso sobre Orígenes, facilitándonos después copias de las cartas de Fina y mías a Lezama que encontró en el archivo de la Biblioteca Nacional. Como yo tengo guardadas las cartas que nos escribió Lezama, pensamos que sería útil reproducir ese epistolario cruzado entre nosotros. ¿Pero no sería demasiado extenso? Cada momento de la vida tiene su extensión. Cuando se está perdiendo la memoria factual, como es mi caso, prefiere uno los saltos más o menos antológicos, y aquí el «más o menos» vuelve a ser utilísimo.

Bueno, de Matanzas se me olvidaron nada menos que Papito y nada menos que Burón. El primero, negrito con bombín encasquetado hasta las orejas,

organizando pandillas y juegos incomprensibles pero divertidos. El segundo, negrón mandadero de la bodega de Amaro, que permanecía mudo cuando el grupito nocturno de los viciosos exageraba sus hazañas sexuales, que incluían, increíblemente, injertos de vellos masculinos en la piel femenina y viceversa. Los cuentos de tiburones, de que he hablado en un poema, tenían también, en cuanto eran tan ocultos como fabulosos, su regusto sensual. El sexo matancero se concentraba en un grupito nocturno, en el que no faltaban adultos perversos. La cosa siguió en el habanero y chino Shangai, pero con música siempre mejor que el siniestro silencio cinematográfico. Quien no haya pasado por el infierno, que levante la mano. El asunto es salir de él.

De pronto, en la biblioteca matancera de mi padre, apareció el librito azul, la *Segunda antología poética* de Juan Ramón Jiménez, con su jota emblemática. Desde las *Arias tristes* hasta el *Diario de un poeta recién casado*, lo estuve leyendo y releendo, sin compartirlo con nadie, durante todo un año. Además de mi deslumbrada iniciación poética, tuve la sensación de que el mundo, con sexo y todo, se enderezaba, era vivible.

De pronto, cuando ya estábamos en La Habana, se apareció Juan Ramón en persona. Toda la poesía cubana se iluminó para recibirlo. Coincidió su llegada con la primera amistad poética de mi vida: la de Eliseo Diego en el Colegio La Luz del Vedado, casi increíble réplica de la Academia de los Catedráticos en Matanzas, aunque ya sin la dirección de Arturo Echemendía. Juntos, Eliseo y yo, con un joven

que recuerdo siempre fumando pipa, irónicamente inteligente, empezamos a asistir a las conferencias organizadas por la Institución Hispanocubana de Cultura, bajo la dirección de Fernando Ortiz. Eran los años de la Guerra Civil española, y españoles ilustres eran, y casi todos definitivamente exiliados, los escogidos por la Hispanocubana. Fue así como pudimos escuchar la inolvidable conferencia de Juan Ramón, sabia y melodiosamente presentado por Camila Henríquez Ureña, sobre «El trabajo gustoso». No sólo los grandes poetas españoles o franceses habían sido sus primeros maestros, sino también «el regante granadino» y «el mecánico de Moguer», los *aristos*, los mejores, del pueblo trabajador, sin olvidar las lecciones de *Platero*, cuyo humildísimo pesebre visitaríamos muchos años después Fina y yo. Fina y yo, por cierto, como Eliseo y Bella, estábamos, sin conocernos aún, en el mismo teatro recibiendo las mismas lecciones. Después, leyendo las colaboraciones cubanas de Juan Ramón, aprenderíamos mucho más: que la poesía pura (en cuanto aspira a la belleza, que se identifica con la justicia) es «inmanente antimperialista». No planteó Juan Ramón en Cuba ningún conflicto entre poesía «pura» y poesía «social» o «política». El Festival por él organizado y presentado en febrero de 1937 en el Teatro Campoamor, recogido después en libro, fue una prueba absoluta de democracia poética. No faltó allí ninguna voz significativa de aquel momento. Es lamentable que, según era su deseo, no se hubiera establecido aquella tradición. Así podríamos tomarle el pulso anualmente a lo más íntimo de la nación.

En otras páginas he señalado también que Juan Ramón Jiménez fue el único intelectual español de su generación que se percató agudamente de los crecientes venenos del capitalismo norteamericano, según se evidencia en las punzantes, satíricas, clarividentes páginas de su trabajo «Límites del progreso», aparecido en el segundo número de la revista *Verbum* (1937), inspirada por José Lezama Lima y a él dedicado.

Recuerdo que una mañana salí corriendo como un loco a lo largo de toda mi casa para llegar a la contigua de mi tía Estrella, de donde una voz me había avisado que Juan Ramón me llamaba por teléfono. Era para invitarme a oír música esa noche en el Conservatorio Bach, es decir, en la casa de María Muñoz, la gran amiga de Federico García Lorca, fundadora del Coro Nacional, y Antonio Quevedo, el gran musicólogo y discómano. Todo lo que oímos aquella noche fue de gloria, tanta gloria, por lo menos, como mi silencio cuando Juan Ramón calificó los poemitas de lo que iba a ser mi primer libro en el comedor vacío del Hotel Vedado. Fui con Eliseo por todo Teniente Rey hasta la Casa Úcar. Era el 25 de septiembre de 1938, eran mis 17 años. El increíble autógrafo de Juan Ramón me esperaba, me sigue esperando.

Seis

*H*e aquí la única carta que recibí de Gastón Baquero.

La Habana, Dic. 10 de 1938.

Cynthio Vitier. Ciudad.

Amigo mío: —

Permitirá y perdonará usted que salve todo requisito de cortesía, de reglamentada «educación», para darle de pronto, y sin mérito alguno por mi parte, un nombre, el de amigo, que me acerque a usted en el propio ambiente de la proximidad que ahora tenemos. Amigo le he dicho, porque ya antes había puesto Ud. en mí un poco de esa amistad esencial, permanente, que es la Poesía. A través de otro amigo y poeta —José Lezama Lima— le conocí y *sentí* a Ud. Cuando llega su libro a mis manos (Dic. 9) ya puedo dirigirle estas letras como si de antigua cosa mía se tratase. Tengo pues un derecho cierto a haberle encontrado puesto entre lo que me es particularmente querido [en] esa fina y alta corriente que es su Poesía.

No voy a ponerle aquí eso que han dado en llamar «juicio crítico» pues yo no entiendo de esas jerigonzas en el campo de la Poesía. De un modo directo, intuitivo casi, acepto o rechazo el mensaje poético, pudiendo sólo los razonamientos ulteriores conducirme a verificar valores de ingenio, gramática, etc. Pero lo inicial, el eco o resonancia que despierta en nosotros aquello que se nos aparece y vale como voz y mensaje, es lo que preside. Digo que es Poesía aquella comunión de forma y sentimiento en que el Ser trasciende de sí mismo por la ardiente y pura intención de lo eterno. Digo que no es Poesía aquello trabajado artificialmente, tanto, que no traspasa el menor hálito de verdad y pureza. Juan Ramón Jiménez es poeta; Gaspar Núñez de Arce, por ejemplo, no lo fue.

Alguien podría decir ahora, por la malicia propia de los que todo lo aforan en puntos de «hechos», que no es muy posible asumir en usted intenciones o búsquedas de lo eterno porque su edad es de las que beben el nacimiento del Universo, y como no lo tienen superado por conocimiento o experiencia, descansan expectantes y gozosos en el futuro. Pero Ud. es poeta! ¿Quién es capaz de mirar relaciones de cuna o vejez frente al misterio *destiempado*, absoluto, que es la Poesía? Un poeta no tiene otra edad que la plenitud de sus versos. Un poeta vive insertado en el tiempo suyo, que es el de medida inlograble; y en el espacio suyo, que es el espacio eterno, esencial. Así, lo que acontece en la persona del poeta es el acontecimiento poético y no otra cosa. Quiero decir, que el sentido de la Poesía puede residir, y con frecuencia esto sucede, en persona enajenada del acto poético. Mas, cuando aquella se percibe a sí misma como continente de esa fuerza; cuando se hace consciente de su Ser y nace el poeta, desaparece toda barrera espacial, temporal, lógica, habitual, etc., trasladándose el centro vital, de la persona, a la *expresión* de la Poesía. Nadie sabe ni puede saber cuándo comenzará a vivir una persona para lo esencial. Produce estupor y risa encontrarse uno de esos jueces de lo humano y lo divino que dicen suficientemente: «¿Pero X es poeta siendo tan joven? Eso no puede ser! ¿Qué ha leído? ¿Qué sabe?» Y podríamos responderle: «Sabe lo que sin saberlo él sabe en él; sabe lo suyo que es la Poesía; mañana dará a este saber los cauces de estilo y forma que le sean gratos, pero ya sabe lo que importa a su vida, lo que la informa y realiza.» Porque estoy convencido de que somos nosotros en tanto que personas, pero no somos nosotros en tanto que voces o expresiones de una esencia cualquiera. — No signífico con esto que el poeta, el artista, sea un Robot al que manipulan no sabemos cuales hilos invisibles. La unidad, la *llegada*, es precisamente el equilibrio entre voluntad y Destino. De aquí que lo más sorprendente en Ud. es la continuidad de la voz, la unidad del sentimiento. Como joven — pues estoy en el vigésimo-tercer año de mi vida —; como poeta — pues aunque de producción inédita casi en su totalidad mi devoción es la Poesía —; como miembro de esta generación nuestra a la que pertenecen en su línea superior los altísimos nombres de Eugenio Florit y de José

Lezama Lima, he sentido un gozo profundo, auténtico, en su presencia. Soy enemigo de tertulias, charlas colectivas, reuniones, etc., pero tengo una fe ciega, fe de niño, en el poder de la amistad. Los seres humanos, cuando se consideran aisladamente, como simples personas de Dios, tienen siempre una luz bella, amable, en la que puede reconocerse el impulso divino que a todos nos produjo y sostiene. Pero en cuanto los hombres forman partidos, peñas, grupos, emerge lo peor de la humanidad que es su falta de tolerancia, de respeto, de amor. El mismo hombre a quien teníamos por culto y comprensivo se transforma en fiera cuando acepta una dogmática cualquiera; cuando se hace parcial, partidista. Huyendo de esto, por conservar lo mejor de cada vida, y de la nuestra por ende, que es la fe en lo humano, temo como a mal incurable toda limitación que me provenga del exterior, toda imposición de la historia a mi conciencia. Ahora, lo comprendo, no sirvo más que como persona aislada. En este carácter le ofrezco hoy mi amistad y mi agradecimiento por su delicadeza para conmigo. Creo en la bondad de cultivar fuertes relaciones entre todos los que nos dedicamos a las mismas tareas. Sobre todo, en medio tan pobre de cooperación y cariño como el nuestro, donde el abrazo del compañero significa casi siempre el anuncio de un descrédito. — Le ruego que no vaya a tomarme por esto que le digo como un amargado, trágico, resentido joven. Tengo demasiado buen humor y cariño en mi corazón como para odiar a nadie. Pero al mismo tiempo que estoy presto para realizar lo imposible por mantener una amistad, estoy dispuesto a perder imperios por no recibir en mi corazón nada que no estime limpio de engaño y falsedad. — Perdón si esta carta le llega un poco incongruente, demasiado espontánea. Es mi modo; mi irrechazable traje espiritual. Le repito que tendré un gusto verdadero, fraternal, en sostener amistad con usted. Mucho hemos de hablar sobre nuestra querida Poesía. Tentado he estado desde antes de comenzar de cambiar el ceremonioso «usted» por un más apropiado «tú». Somos demasiado jóvenes los dos para entregarnos a cosa tan estéril como es la cortesía llamada social. Pero no hay que apresurarse. Recordemos los versos de Goethe que Juan Ramón pone al frente de «Canción»: «Como la estrella — sin tregua — y sin precipitación.» En tanto, tenga usted la bondad

de hacer llegar a su padre mis mayores respetos. Cuanto le estimo y admiro no es para ser puesto en carta a quien como usted le es tan personal e íntimo. Las mejores cosas de la vida se dicen por alusión. Usted, poeta, lo sabe. – Acepte, como un testimonio de mis sentimientos, de mis mejores deseos fraternales, el poema adjunto. Verá que, en lo aparente, estamos distanciados usted y yo. Pero el problema de la Poesía es precisamente lo contrario de la apariencia.

Cuente con el sentimiento afectuoso de su amigo:

Gastón Baquero

S/c Virtudes No. 880, bajos.

P.S. – No olvide Ud. que el próximo 24 de Diciembre cumple un año más de vida Juan Ramón Jiménez.

Esta carta me llegó acompañada por el poema titulado «Muerte del Ave».



Siete



*M*i amistad con Gastón fue *in crescendo* hasta que junto con Eliseo, Emilio Ballagas, Virgilio Piñera, Justo Rodríguez Santos, Octavio Smith y otros hicimos entre el 42 y el 43 *Clavileño*, un revistón con dibujos de René Portocarrero y de Felipe Orlando. Puede decirse que la Redacción de

Clavileño —consecuencia, como *Nadie Parecía* y *Poeta*, de la dispersión de *Espuela de Plata*— era la casa de Bella y Fina García Marruz, de las que ya éramos novios Eliseo y yo, en el segundo piso de Neptuno 308. A tal extremo que, según nos contaría Lezama mucho después, cuando él pasaba de noche por aquella calle, pensaba: allá arriba se reúnen poetas alejados de mí. Aquellas diversas lejanías pudieron formar una sola unidad a partir de 1944, con *Orígenes*.

Si alguien presidía silenciosamente nuestra amistad desde que nos conocimos en la Escuela de Filosofía y Letras, era Agustín Pi. Dotado de una insólita receptividad y de un *sympathos*, según diría Lezama, tan ilocalizable como concentrado. Agustín fue nuestro amigo absoluto. Aunque únicamente los

libros competían con su afición, o adicción, al misterio de las personas, la letra escrita por él nunca le interesó más allá de las bromas que lo divertían. Rescaté, sin embargo, una estampa titulada «Los extraños músicos», publicada, creo, en *Alerta*, que es una joya dentro del tema de la *extrañeza*, que fue el tema dominante, por diversas vías, de Eliseo y yo mismo en nuestra primeras páginas apreciables. Lo incluí en un testimonio que titulé «El Turco Sentado», porque así llamó alguna vez Agustín a nuestras reuniones en aquella casa, por lo demás, tan musical que su diapason abarcaba desde un coro vasco hasta las filigranas de Mozart, casa iluminada por la hospitalaria Josefina Badía en su omnicompreensivo piano.

En *Clavileño* pude ofrecer testimonio de mi segundo maestro en el tiempo, César Vallejo, e incluso, por modo oblicuo, un atisbo de mis primeros acercamientos al *mysterium* lezamiano, que ya empezaba a apoderarse de mi atención cognoscitiva, poéticamente cognoscitiva, en una brevísima nota titulada «Por este Picasso». Cuando en 1944, coincidiendo con la aparición de *Orígenes*, leí mi «Experiencia de la poesía» en el Ateneo, mi segunda publicación en la ya querida imprenta Úcar, pude ahondar y resumir mis aproximaciones previas a *Enemigo rumor* (textos que hasta hoy sólo conoce Enrique Saínez) y atisbar el tesoro oculto en las primeras lecciones de María Zambrano. Fueron años, en verdad, de vertiginosa formación poética, a la que sólo faltaba, para las necesidades de mi oscuro, extraño, destino, la llegada arrasadora de Arthur Rimbaud.

Las cartas están desapareciendo. Nada más lejano a una verdadera carta que eso que llaman *fax* o *correo electrónico*. Cada vez que miro la letra pequeña, dibujada y fluida de las cartas que me escribió Lezama, siento que el misterio y alimento de las verdaderas cartas está en proceso de extinción. La técnica ha entrado en el alma, sencillamente, para matarla. Claro que no ha podido, pero noto incluso en verdaderos poetas «computarizados» una especie de incesancia que procede, no de la plétora interior, sino de las facilidades y rapidez tentadoras que ofrece la digitalización. No creo que la poesía pierda esa batalla, pero sí la tinta que era la sangre de las cartas y que «mi querida maquinita», como la llamaba Pablo de la Torriente Brau, con su ausencia de abstracción, con su ritmo acompañante, de algún modo conserva. Prueba de ello la carta de Gastón antes citada, toda ella escrita en una Remington capaz de envejecer como un sillón.

Cierto que la correspondencia entre amigos es siempre conversacional, pero entre amigos escritores se presta a sondeos íntimos o conceptuales que la conversación oral no suele propiciar. Así Lezama en sus cartas nos escribía cosas no fácilmente conversables que, sin embargo, él necesitaba decirnos y nosotros —Fina y yo— necesitábamos oírle, como, por ejemplo, en su carta con motivo de *Experiencia de la poesía*: «Ese acercamiento suyo a mi obra, y la forma en que lo ha hecho, hacen pensar que la poesía va a convertirse de mera confesión, extensión o deliquio, en estado autónomo (aunque no enteléquico, sino heraclitano). Ese envío de la intensidad,

fuego de lo mío o de lo suyo, va a mezclarse con la extensión (en el sentido de los que pueden participar) engendrando el estado poético...» Tocaba aquí lo que iba a ser la sustancia misma de *Orígenes* como aventura espiritual. Demasiado pudorosos éramos los dos para que me atreva ahora a citar las palabras finales de aquella carta. ¿Y para cuándo lo voy a dejar? Pidiendo disculpas a su sombra, o mejor a su luz de siempre, aquí van: «Siento sus páginas como imprescindibles en mí. Sé que entrañan un juicio, por la limpidez de su vida y de su poesía, frente al cual tengo yo que permanecer quieto y agradecido. Es algo que me hace temblar de alegría, pero que me sirve para avisarme de la obligación en que estoy de una más aguda penetración, de lanzarme, ya que una vez he sido oído, de lanzarme a otras exploraciones y de tocarme con más precisión. Si mi obra le ha servido, troquémonos en acción de gracias, por algo que no logramos entrever, mucho más allá de mis gracias y de mi alegría. / Le aprieta en lo suyo de su mano / J. Lezama Lima / (Cordialidades a Fina y Eliseo)».

Ocho

Tan pronto estoy en París como estoy en Moscú. Los detalles llegan a perfilarse en conjuntos indefinibles, innominables. Cada ciudad, con su olor propio. París huele a París, Moscú a Moscú. Lo demás son fotografías y postales que ahora quiero repasar. Por ejemplo, desde el Templo de Quetzalcóatl en Teotihuacán leo en un mensaje a Lezama con letra de Fina: «Viendo los sombríos esplendores de México, lo recordamos mucho e imaginamos sus comentarios. Juegos y conjeturas que nos dan compañía suya. Pronto estaremos en casa, más pequeña y real, y todo esto será un fantasma. Lo abrazan...» En el jardín de la Residencia de Estudiantes, tan cerca como lejos del centro de Madrid, alguien, ¿quién?, nos hizo un retrato. Pensábamos en Lorca, en Dalí, en Buñuel, en Juan Ramón, que hizo plantar unos ¿álamos? cerca. Como en una extensión de Matanzas me sentí en el mercado de Montevideo. Esta noche vamos a la Ópera de Leningrado. Mañana vamos a volver al Louvre para volver a ver a Goya; no, a Rembrandt, a L'Hermitage. En un mensaje sin fecha de Fina a Lezama releo: «Teresita acaba de dejarnos recado en casa que suspende el recital para el martes próximo. Mejor. Así habremos cobrado y podremos pasar a buscarlo en un coche de cascabeles. Seguimos disfrutando su

segundo tomo. Abrazos de Fina». ¿Qué segundo tomo? Ahora vamos durante todo un día de carretera, manejando Hermes Herrera, desde el Vaticano hasta la nocturna, alucinante catedral de Milán. Ahora estamos en un hotel vacío de Miami asomándonos a una playa desierta. ¡En Florencia, en la Plaza de la Señoría, qué sopa de tomate, con David y Perseo alzando la cabeza de la Gorgona, de testigos! Por «la pampa húmeda», por «la pampa húmeda», por «la pampa húmeda» hasta los altos iluminados de la casa donde nació el Che. La otra orilla del Volga no se divisa.



Nueve



*S*e habla de la Revolución Cubana como de una persona, con nombre y apellido. Según la televisión y los periódicos, goza de excelente salud. Según las conversaciones

vecinales, está llena de problemas. Ambas cosas pueden ser ciertas.

Mañana, lunes 8, se inaugura en Caracas otro Festival de la Juventud y los Estudiantes. Nada se me problematiza más que un fervor y una alegría programadas. Un programa, sin embargo, no implica necesariamente una falsedad. Esa mezcla de lo programado y lo espontáneo es característica de lo político. El hombre necesita, no sólo vivir, sino también programar la vida. ¿Hasta dónde? ¿Hasta qué grado? Hasta que no se pierda la autenticidad.

No basta que una causa sea buena para no perder la autenticidad. Tampoco el programa por sí solo basta para perderla. Como en todo lo humano, según Martí, la «ley matriz» sigue siendo el equilibrio. El fervor y la alegría de una buena causa, junto con esas

fuerzas tan espontáneas en la juventud, pueden ser garantía de una autenticidad de la que, en nuestro tiempo, puede depender el destino de un continente.

La reciente y creciente vinculación de Cuba y Venezuela, de Fidel y Chávez, de Martí y Bolívar, abre naturalmente, destinadamente, un camino histórico de posible salvación frente a la voracidad de los Estados Unidos. El pensamiento antimperialista de Bolívar y Martí, como el de Hostos y Betances, más allá de diferencias tácticas y estrategias que no deben ignorarse, constituye la única alternativa para llegar a la verdadera independencia espiritual y material de nuestra América.

La independencia es nuestro único modo real de ser, tanto en lo político como en lo personal. Independencia que no significa, desde luego, arrogante soledad. El pasado colonialista de casi toda Europa en realidad plantea las cosas de otro modo para aquella zona del mundo que no ha tenido que lidiar tan de cerca con una prepotencia como la yanqui. Digo yanqui para aludir a lo más visceral de ese país cuando es más Estados Unidos que Norteamérica, según una distinción que debo a Thomas Merton en una carta. Él allí me decía que no quería ser estadounidense sino norteamericano.

Para que lleguemos a armonizar políticamente con la patria de Lincoln y de Whitman tenemos primero que integrarnos de veras con la patria de Bolívar y Martí, sin olvidar nunca la advertencia martiana de que cada país de nuestra América ha querido siempre «el gobierno de la casa propia», sin tentaciones federalistas que entre nosotros resultan artificiales.

Unión de espíritu, no de gobierno «como la plata en las raíces de los Andes», que decía Martí, me puntualiza Fina.

Si somos un solo pueblo desde el Bravo hasta la Patagonia, como nos concibió Martí, ello sólo puede ser un ejemplo más de la sabia etimología de la palabra Universo señalada también por él, *versus-uni*, lo diverso en lo uno, clave también de la norma política que internamente debieran seguir nuestras naciones. Desde el punto de vista religioso, que tan poco se atiende en nuestros días, y que desde luego atañe también a la cultura en general, debiéramos aspirar a un sincretismo indo-cristiano y afro-cristiano dentro de una evangelización ya sin espada ni género alguno de poder temporal.

Dudo mucho de que tales sean los temas debatidos en el Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. No por ello, desde luego, serán estériles sus urgentes intenciones integradoras, antimperialistas y antiterroristas. La personalidad de la Revolución Cubana, con nombre y apellido, estará fraternalmente allí. (7 de agosto de 2005.)



Diez

La contemplación (televisiva) de la inauguración del Festival fue sin duda tremendamente emocionante. No tuvimos fuerzas para llegar hasta las palabras de Chávez, en las que se destacan cualidades — «pasión» y «pureza» de la juventud — que no son de las más socorridas en este género de discurso. Sorprendentemente, por otra parte, lo que suponíamos que estaría ajeno a los debates, apareció con valor protagónico, pero sobre todo con una fuerza tremenda, entre el Juramento bolivariano en el Sacro Monte y el enorme desfile de las delegaciones de 144 países. Me refiero a esa Danza descomunal en torno a una Virgencita, una Cruz y, según dijo el locutor, una hostia consagrada, de evidente sincretismo del mensaje cristiano con lo indígena y con lo africano. Allí estaba, sin necesidad de ningún debate, la presencia troncal de una poderosa tradición hispanoamericana de la que se han nutrido y se nutren, sépanlo o no, nuestros pueblos. Nuestra prensa, desde luego, saltó del Juramento al Desfile, pero hay que agradecer a Venezuela esa profunda fidelidad a los orígenes y tradiciones que abrazan tanto su música popular — no olvidemos nunca *Florentino y el Diablo* — como ese renovado o más bien resurrecto espíritu revolucionario que la está dirigiendo, con Cuba, hacia el futuro.

Con Cuba, con Brasil, e incluso, según las flechas indicadoras de este desfile, con Colombia, de la que, por cierto, acaba de llegarme en dos versiones, salvadas por mi amigo Jaime Mejía Duque, *Felipe el Hombre*, réplica también maravillosa del eterno duelo, tan americano como fáustico, del Demonio y el Hombre. Lo que ha hecho Venezuela con este diálogo está en la raíz de su destino, y Chávez no sólo lo sabe, sino que lo canta.



Once

Qué crónica hubiera escrito Martí sobre el notición de ayer, 10 de agosto: la anulación por la Corte de Atlanta del juicio de «los cinco héroes». Qué retrato hubiera hecho de cada uno de ellos, qué evocación y elogio de sus familias: madres, esposas, hijos. Y qué elogio de la tenacidad de Fidel, desde que hace siete años dijo «¡Volverán!», tenacidad en cuya eficacia ante la sordera yanqui no todos creímos siempre. Claro que esa anulación, en cierto modo anunciada por el Grupo de Trabajo de la ONU y la multitud de instituciones mundiales que la apoyan, no garantiza la celebración de un juicio totalmente justo. Pero el paso dado es de todos modos sorprendente y gigantesco. ¿Y qué hubiera hecho Martí sino analizar las «razones» de aquella tenacidad? Sólo se explica por una sólida fe en la condición humana. Algo semejante sucedió con el caso del niño Elián. Fidel infundió una fe tal en la campaña por su rescate, basada esencialmente en la sensibilidad del pueblo de Norteamérica, que lo que parecía una esperanza



utópica de pronto se realizó. Mucho más difícil se presentaba el caso de «los cinco», cuyo amañado juicio fue obra directa de la mafia miamense que llevó al poder a George W. Bush, y que sigue siendo para él un poderoso apoyo político. ¿Se trata de demostrar que, a pesar de todo, la democracia norteamericana existe? Sea de ello lo que fuere, si creemos que el hombre es creación de Dios, y alguien cree firmemente en la condición humana, ¿en qué realmente cree?



Doce

*Y*a Fina y yo estábamos casados (desde el 26 de diciembre de 1946, por el padre Ángel Gaztelu, en la Iglesia del Carmen) cuando empecé a trabajar como mecanógrafo, que ya lo era, graduado en la Academia Pitman de Matanzas, desde los doce años. Mecanógrafo y taquígrafo, pero además mi madre me había puesto a estudiar pintura en la también matancera Academia Tarascó, en la calle Ríos, cuyos balcones daban al San Juan. Tarascó era un español que pintaba con bata de pintor, chalina y boina negras, casado con una hermosa mexicana, que no dejaba de figurar en varios de sus cuadros. Allí, que yo recuerde, hice una buena copia de una fotografía del general José María Bolaños, prematuramente envejecido después de la Guerra, y dos «marinas», una oscura y borrascosa, la otra de un idílico azul, que Fina «salvó» varias veces del latón de la basura y mi asistente, Paula María Luzón Pi, tuvo la idea de poner en la sala de mi casa actual junto al primer óleo de mi nieto José Adrián, que reproduce como en un sueño el quinqué azul de la Finca de mi Abuela, que se me rompió. (En realidad aquel dibujo de mi abuelo materno lo hice en el patio de mi casa, mirando siempre, no sé por qué, las húmedas junturas moradas de las losas del patio.)

De aquel primer trabajo como mecanógrafo en una oficina de gánsteres, cerca del Campamento de Columbia, he hablado suficientemente en mi novela *De Peña Pobre*. Allí pude conocer por dentro la que hoy llamamos seudorrepública. Pasé después a dar clases de Francés Elemental, con Ramón Rubiera de titular, en la sesión nocturna de la Escuela Normal de La Habana, y, cuando me cesantearon (con Lino Novás Calvo y su esposa Herminia del Portal), Gastón me consiguió un puestecito de supuesto asesor jurídico (porque ya era, increíblemente, Abogado) en el Ministerio que regía el enfático doctor Osear Gans. Entre tanto escribía y publicaba, siempre en la Casa Úcar, *Sedienta cita*, *Extrañeza de estar*, *De mi provincia*, *Capricho y homenaje*, *El hogar y el olvido*, *Sustancia*, *Conjeturas y Canto llano*, dedicado a Eliseo Diego en el año de mi primera comunión en la Iglesia de Reina, con el sobrecogedor, inesperado *Aleluya* de Häendel al final de la misa y los chipirones rellenos, de celebración, en nuestro almuerzo viboreño.

Más de una vez me he referido a lo que significó para mi vida y mi poesía enero del 59, vivencia sólo amargada por *Lunes de Revolución* y serenamente devuelta, no obstante las frecuentes bombas nocturnas en las calles de Santa Clara, por mi trabajo durante dos años en la Universidad Central de Las Villas, con Samuel Feijóo, que merece ser el centro de otras Memorias, Núñez Jiménez, Marianito Rodríguez Solveira, Marta, Fávole y el inefable Günter Schutz de compañía diaria, hasta que Fina y yo empezamos a trabajar dichosamente en la Biblioteca Nacional, entonces dirigida por María Teresa Freyre de Andrade, ¡qué señora!

Juntos estábamos allí, en la llamada Sala de Colección Cubana, en los «cubículos» que eran como las transparentes celdas de un alegre convento o monasterio, las desde entonces perennes Araceli García Carranza y su hermana Josefina, Celestino Blanch, Caridad Proenza, Roberto Friol, Cleve Solís. Zoila Lapique, Juan Pérez de la Riva, María Lastayo, Xiomara Sánchez, Eliseo Diego en el Departamento de Literatura Infantil, Bella dando clases en la Escuela de Bibliotecarios, Clara Gómez de Molina quién sabe dónde, Israel Castellanos, Renée Méndez Capote leyéndonos capítulos de su *Cubanita que nació con el siglo*, como subdirectora Maruja Iglesias, como secretaria Anabelle Rodríguez, Octavio Smith estudiando a Santiago Pita, Fina y yo por primera vez unidos en un libro, *Temas martianos*, y de pronto llegó, rápido duende inolvidable, Paquito Chavarry, que me llevó al trabajo productivo en las afueras de La Habana y finalmente me hizo miliciano. Perdón por el desorden, irrespetuoso quizás con las jerarquías. ¿Y cómo olvidar, en la jerarquía de «trabajadores de mantenimiento» – sin los cuales no se mantiene nada –, a Tomasito Robaina, hoy investigador, al sabio negro Zayas y a otros con los que fui al corte de caña para el Central Habana Libre? Nuestro albergue se llamaba Pedro Lantigua. Mi zafra entonces fue de varios poemas.

En el 68 se creó la Sala Martí, antecedente del Centro de Estudios Martianos. En mayo del 72 fuimos al Coloquio Internacional sobre Martí en la Universidad de Burdeos. Más detalles en la sección de mi entrevista con Héctor Veitía *Conversaciones con Cintio*

Vitier, titulada «Resumen de una pequeña historia». Esa historia desembocó para Fina y para mí, felizmente, en nuestra reinserción, ya jubilados, honorariamente, en el Centro de Estudios Martianos. Allí seguimos y este año iniciamos nuestras vacaciones con una semana en Varadero, de donde regresé con la noticia de mi pérdida creciente de la memoria factual, llamémosla así, no poética



Trece

Quiero terminar estas incompletísimas Memorias, o más bien Olvidos, haciendo constar que en la llave (o pila) del lavabo de mi cuarto en Matanzas estaba el Diablo, y que hoy, jueves 18 de agosto de 2005, mi único Dios es un niño que todavía no sabe hablar, un niño recién nacido: el Niño divino y humano del Pesebre.



